

so 17); 3) «las yentes cristianas» (verso 29). De lo humano o social-afectivo pasamos muy gradualmente a lo cívico-racional (9).

La primera reacción de aquellos que se han enterado de la desgracia del Cid es visceral, humana: «¡Dios, qué buen vasallo si oviesse buen señore!» La carga de este verso es casi puramente afectiva: «No se trata tanto de la expresión de un juicio, como la expresión de un estado de ánimo motivado por la presencia del héroe que sufre. La bondad del vasallo, es decir, su grandeza, su calidad heroica..., no es algo que se enjuicia, sino algo que se ve. El dolor del Cid y el rigor del rey son como el anverso y el reverso de un mismo estado de ánimo. En ese momento, el 'si oviesse buen señore'... es una expresión motivada por un movimiento directo y espontáneo de compasión» (Bandera Gómez, p. 41).

No hay juicio sencillamente porque ni hay tiempo ni ecuanimidad con qué formularlo: «tanto avien el dolore» (verso 18). Sólo hay bocas abiertas exclamando con «dolore» como campanas amortiguadas: «¡Dios, qué buen vasallo si oviesse buen señore!» A esto se debe que sean «mugieres e varones, / burgeses e burgesas», y no «burgaleses», los que pronuncian las célebres palabras. El paso de lo humano a lo cívico implica un proceso racional donde el ciudadano se va dando cuenta de las consecuencias para su «buen señore» y su Castilla de la pérdida del «buen vasallo» que es el Cid.

El elemento cívico que algunos han visto en el verso 20 no se da sino luego, al recalcarse la lealtad y el cumplimiento de un ciudadano de Burgos. Las referencias a un «Burgalés conplido» (verso 65) (10), a un «Burgalés contado» (verso 194) y a un «Burgalés leal» (verso 227), así como la constante mención de Burgos, no podían sino enaltecer a la ciudadanía toda, la estrecha familia de «Burgos la casa» (verso 62). Del epíteto se pasa imperceptiblemente al gentilicio, olvidándonos en el proceso de que, por ejemplo, Raquel y Vidas también eran burgaleses (11).

(9) CASALDUERO alude a este paso de lo personal a lo político. Véanse las páginas 47 y 53 de la obra citada. Su observación, sin embargo, admite mayor precisión: en Burgos, por ejemplo, se dará lo político y también lo humano.

(10) Nótese que se le equipara nada menos que con el Cid, «el Campeador conplido» (verso 68), enalteciéndose así aún más a Martín Antolínez. Compararlo con el Cid, más bien, ya que el epíteto de éste aparece unos tres versos después, comparar al Cid con Antolínez es subrayar de manera categórica su valor y su importancia: la imitación era, aun entonces, el mejor elogio. No deja de enaltecerlo tampoco el hecho de que el Cid lo llame «el mío fidel vassallo» (verso 204).

(11) Se es consciente de que en el caso de Raquel y Vidas no hay necesariamente una correlación entre lo geográfico y lo cívico. Como judíos podían ser habitantes de Burgos sin llegar a ser plenamente ciudadanos de «la casa», burgaleses en todo sentido de la palabra. Al encabezar la séptima serie de versos, Menéndez Pidal alude a la peculiar condición de los dos personajes, los «judíos burgaleses».

Los epítetos con que se ensalza a Martín Antolínez, así como la constante mención de Burgos, repito, facilitan un paso que realmente no tiene justificación directa en el texto. El lector parece ser invitado a concluir (o por lo menos, así concluye inevitablemente) que, por extensión o difusión de los epítetos de Antolínez, los burgaleses son «conplidos», «contados» y «leales». Visto así, la niña de nueve años es la encarnación del espíritu cívico de Burgos, «franco, fiel, fiero, sin saña», como diría Martí de Aragón. Es un civismo que reconoce la grandeza del Cid y que a la vez, por lealtad debida a Alfonso, tiene que darle la espalda (véase De Chasca, p. 74). En la tensión de un civismo dialéctico tanto como en su encarnación en una niña de nueve años (12) se cifra el patetismo del cuadro. Se nos preparó certeramente para él en un solo verso, verso magistral, que encierra en el contrapunto de sus hemistiquios la terrible disyuntiva de todo un pueblo y la tragedia de un héroe reducido a Moisés-al-revés (a su paso todo se le cierra): «Conbidar le ien de grado, más ninguno non osava» (verso 21)

Es así y sólo así, tras esta gradación cuidadosamente eslabonada, cómo al volver al verso 20 vemos ya dos niveles, y hasta los confundimos, como han hecho Casaldüero y Bandera Gómez: un nivel lacrimosamente humano y otro incipiente, secamente cívico. Y nótese que la vuelta al verso 20 es inevitable. Parece que ésa fue la intención del juglar al darle un valor único en el *Poema*; porque es, sin duda, la única exclamación de pura descarga emotiva que el Cid suscita en toda la obra (generalmente la exclamación se da en epítetos, en rezos o en interjecciones discursivas por parte del juglar) (13).

Estos dos niveles del verso hacen que las reacciones o «tonos» (como las ha llamado Casaldüero) ante la desgracia del Campeador sean

(12) En *La destrucción de Numancia*, de Cervantes, será un muchacho, Bariato, el que se enfrentará a una figura casi tan imponente como la del Cid: Escipión, el industrioso general romano. También en el caso de Bariato hay una tensión: su instinto de preservación *versus* su civismo. Al fin vencerá éste al suicidarse Bariato. El cuadro de la confrontación entre éste y Escipión resulta así tan patético como el de la confrontación entre el Cid y la niña. Otro paralelo que no hay que extremar: la muerte de Bariato es, en definitiva, la negación de Numancia a cooperar en la gloria de Escipión (éste se quejará del hecho: «Con uno sólo que quedase vivo / no se me negaría el triunfo en Roma / de haber domado esta nación soberbia...»). Las palabras de la niña son, en este sentido, la negación de Burgos, aunque negación forzosa, a cooperar con las huestes de Rodrigo.

(13) Esta exclamación sólo podría ser comparada a la del verso 1.646: «¿Qué esto, Cid, sí el Criador vos salve?». Sin embargo, la comparación resultaría más bien un contraste. Las palabras de Jimena nacen de su sorpresa (nótese la interrogación), y no ante el Cid precisamente, sino ante las tierras que éste había conquistado. En el verso 20, al contrario, la exclamación nace de la compasión de los que ya conocen la desgracia del Campeador (por la carta de Rodrigo), y nace ante el Cid, específicamente ante su condición de desterrado.

cuatro, por lo menos, y hasta cinco, si nuestra imaginación es tan «vidente» como la del Cid y la del juglar. Hay las reacciones siguientes, las tres primeras ya señaladas por Casaldueiro: 1) lo personal (Vivar); 2) lo político (Burgos); 3) lo familiar (Cardaña); 4) lo humano (Burgos), y 5) lo supernatural (Figueroa) (14).

El verso 20, pues, como ha observado De Chasca, es de «engañosa sencillez» (*op. cit.*, p. 74). Lo que en tiempo-fábula equivale a una gradual pérdida de cohesión en el mundo del buen vasallo-buen señor, se da en tiempo-narrativo casi repentinamente, a unos escasos veinte versos del principio (como es natural, opera aquí un factor ajeno por completo a la intencionalidad del juglar; sólo contamos con versiones incompletas del *Poema*).

Las relaciones entre el Cid y su señor se hacen caóticas; nada queda en orden, en su lugar, en armónica y natural (feudal) relación con el conjunto (15). El verso 20 es la toma de conciencia del hecho por parte del «pueblo» y, naturalmente, por parte del juglar. Este, a más de medio siglo de los sucesos, ha reconocido en el destierro del Cid graves consecuencias históricas. Pero para dar inmediatez a su fallo lo pone en boca de «mugieres e varones, / burgeses e burgesas», los testigos presenciales del hecho. Al vocalizar su juicio a través de ellos (especie de coro griego), éste adquiere su tono profético: Castilla y el rey y nosotros, dicen todos, pagaremos caro este error. Este trasfondo profético del verso 20 no debe sorprender a nadie. Encaja perfectamente con el tono profético y augural de todo el *Poema*, sobre todo del «Cantar primero». Recuérdese que continuamente, a partir de la segunda serie de versos, se anuncia el retorno glorioso del Cid a Castilla. Esta es una profecía cumplida plenamente hacia el final del *Poema*, como los versos 3722-3725 aseguran:

*Veed qual ondra creçe al que en buen ora nació,
quando señoras son sues fijas de Navarra e de Aragón.
Oy los reyes de España sos parientes son,
a todos alcança ondra por el que en buena nació.*

(14) El arcángel es una metáfora para la exclamación del mismo cielo. Viene a «consolar al Cid», a comunicarle el verso 20 del cosmos. Así la tragedia del Cid, como la de Cristo, conmueve a todos, inclusive a la víctima. La exclamación personal de Rodrigo ante su tragedia (versos 8-9) es un paralelo un tanto anti-tético (acatamiento) a la exclamación de Cristo ante la suya (protesta): «Padre, ¿por qué me has abandonado?» Es decir, tanto el Cid como Cristo tienen la capacidad o la fuerza para mover a todos y a todo, para conmover y conmoverse. Son reencarnaciones cristianas de Júpiter: *Cuncta supercilio moventis*.

(15) ¿Hasta qué punto es síntoma de esto la enumeración caótica en los versos 3-9? Indudablemente algo hay. Es curioso que Spitzer, autor de un excelente ensayo sobre las enumeraciones caóticas en la poesía contemporánea, no se haya detenido ante el particular.

¿Qué sino pura profecía es la aparición del arcángel Gabriel, guardián del tesoro celestial, ángel de la Redención y *supremo mensajero de Dios* en la mitología cristiana?

*Cavalgad, Çid, el buen Campeador,
ca nunca en tan buen punto cavalgó varón;
mientras que visquiéredes bien se fará lo to.*

(Versos 407-409.)

En resumen, el verso 20 es exclamación, es juicio, es profecía, es todo cuanto su ambigüedad le permite ser. Al declamarlo, el juglar lo entonaría de diversas maneras, dependiendo del momento, de su público o de su propio estado de ánimo, subrayando siempre aquel aspecto más afín a dichas circunstancias. Reducir sus posibilidades, a veces intrigantes y hasta contradictorias, a base de una interpretación exclusivista, sería truncar uno de los aciertos más denodados de la obra.—OCTAVIO ARMAND (40-40 Hampton St. New York, N. Y. 11373, USA).